

LA OPINION PUBLICA

Hernando Villa Restrepo

INTRODUCCION

Pocas expresiones tan llevadas y traídas como la de "Opinión Pública". Los periódicos la emplean en todas sus entregas, los políticos se disputan sus favores, el gobierno trata de palpar sus movimientos, la publicidad se apoya en sus caprichos, algunos la toman como punto de partida para identificar el régimen de la Democracia Occidental, llegando inclusive a definirla, no ya por el célebre apotegma del granjero de Hodgenville, sino —como lo hace C. Cossio— como "el gobierno de la opinión pública, por los partidos políticos y para el pueblo". En resumen, la expresión "Opinión Pública" tiene suficientes cartas de presentación como para merecer atención y análisis.

Aquí solo trataremos de aproximarnos a tan popular materia siguiendo muy de cerca el ensayo de Alfred SAUVY titulado precisamente "La Opinión Pública". No se busque pues en este trabajo nada definitivo, exhaustivo u original.

Qué se entiende por "Opinión Pública"?

Definida por Giner de los Ríos como "el sentido predominante en lo social", y como "actitud de una porción importante de una población con respecto a una determinada proposición, que se apoya en un mínimo de pruebas reales y que supone cierto grado de reflexión, análisis y razona-

miento", la expresión se ajusta difícilmente a los estrechos límites de una definición exacta. Por consiguiente, es preferible describirla en sus múltiples manifestaciones, hasta llegar a comprender con la mayor certeza posible el tan sutil como imponente, vago e inasible fenómeno social.

La Opinión Pública es un árbitro, una conciencia, un tribunal, temido aunque esté desprovisto de poder jurídico. Es el foro íntimo de una nación. Poder anónimo, es una fuerza política no prevista en ninguna constitución. Se apela a la o. p. como ante un tribunal con base en su inherente historicidad y en su permanencia fundada en los principios que la constituyen. Para manifestarse necesita un punto de apoyo, es decir, una oposición a algo. No existe realmente cuando hay una comunidad total de ideas, real o ficticia. En efecto, no se habla de "opinión pública" en los regímenes totalitarios, en los cuales no es posible la expresión libre. Pero tampoco se habla de ella cuando la comunidad de ideas se presume: sería absurdo hablar de la opinión pública acerca de los temblores de tierra, la carestía o la poliomielitis. Para que pueda hablarse de o. p. hace falta una resistencia eficaz o, por lo menos, posible. El punto de apoyo, la oposición, está constituida en las sociedades democráticas principalmente por el gobierno, el parlamento o las autoridades. Los pueblos se rebelan contra los malos gobiernos por los errores que cometen, pero no se sienten con la obligación de sostener a los buenos por el bien que hacen. Plutarco escribió hace tiempos que los pueblos grandes son ingratos.

La o. p. tiene un carácter cualitativo no cuantitativo. El ya citado Giner de los Ríos dice que "no es una suma, ni siquiera una resultante mecánica de fuerzas rígidas aisladas, sino el producto orgánico de las acciones y reacciones mutuas entre las diversas unidades sociales, que se penetran y modifican recíprocamente en sus estados de conciencia". No es necesariamente la resultante de las opiniones particulares, ni siquiera de la mayoría de ellas sobre un tema dado. "Opiniones minoritarias y hasta singulares pueden ser perfectamente públicas" dice J. Marías, quien añade que no basta siquiera el carácter social o colectivo, ni aún es suficiente que a este carácter se agregue el de consabido, o sea que cada uno sepa que lo saben los demás, sino que hace falta una condición sutil pero importante: que eso "conste", que tenga existencia pública, que no pertenezca al mundo privado de las vivencias de cada uno, que ingrese al mundo de todos, que quede en disponibilidad. Que sea una instancia a la cual se pueda recurrir. ?

A. Sauvy distingue dos aspectos: las posiciones permanentes y las corrientes de opinión. La oposición al fisco y a la burocracia son dos ejemplos claros de actitudes clásicas y permanentes. Más importantes son las corrientes de opinión que se presentan como consecuencia de he-

chos nuevos, a veces de poca importancia en sí mismos. Puede también tratarse de una simple maduración de ideas, discreta y hasta subterránea, que desemboca repentinamente en una manifestación a veces violenta. Las corrientes de opinión —tan reales como la corriente de Humboldt— son inestables por naturaleza, y generalmente obedecen a una lógica sentimental, que se arraiga en profundas razones instintivas a veces, y que en otras ocasiones se equivoca.

La Opinión Pública necesita cierta coherencia, cierto grado de homogeneidad. Si el conjunto de opiniones se divide en tres o cuatro bloques se hace difícil hablar de o. p. Se dice en los periódicos que "la opinión está dividida" sobre tal o cual problema. Pero esta expresión es válida sobre todo cuando la división no obedece a reglas clásicas tradicionales. Por el contrario, si la escisión se produce abiertamente siguiendo las líneas socio-políticas, ya no se puede hablar verdaderamente de opinión pública.

Generalmente el fenómeno opinión pública se entiende en un sentido nacional. Cuando las opiniones son distintas se hablará entonces de opiniones parciales, de partido, de clase, de región, etc., etc.. Pero es un hecho que existe también una opinión pública mundial, que debe tener como tal una cierta coherencia y un punto de apoyo. Sauvy trae dos ejemplos muy ilustrativos: una o. p. mundial antirracista como reacción contra las monstruosas arbitrariedades de Hitler, y otra de o. p. mundial anticolonialista, cada vez más acentuada.

A pesar de ser una opinión basada en principios y de tener una clara base intelectual y real que la distingue del sentimiento público, la opinión pública es sentimental en más de un aspecto. Por eso la o. p. abierta, declarada, puede diferir de la opinión profunda que solo se evidencia por métodos especiales de investigación. La primera obedece a la lógica colectiva, tanto más cuanto sea mayor su espontaneidad. Para explicar la opinión en muchos casos hay que acudir a la Psicología de las masas, tan cultivada a partir de Le Bon. Los propagandistas actúan particularmente sobre las cuerdas sentimentales tratando de modificar la o. p. que en su conjunto se aleja de la observación racional, sobre todo si es una opinión embanderada.

La opinión pública será pues la gran irracional, la loca de la casa, la apasionada que, sospechoza siempre, debe sufrir la oposición de pensadores cuerdos y fríos? pregunta Sauvy. Nada más falso.

En primer lugar sus movimientos se ejercen con frecuencia en el sentido de una justicia, de una humanidad que los grupos dominantes que gobiernan parecen olvidar. Por otra parte, la o. p. opone muchas veces una inercia victoriosa a las tentativas de aventura propuestas por grupos res-

tringidos. Ya vimos su carácter de tribunal, tribunal a cuya jurisdicción —como dice Cossio— no hay prepotencia que pueda escapar ni farsa que pueda eludirlo.

Como se forma y evoluciona la Opinión Pública

Debido a su enorme trascendencia el organismo o. p. difícilmente se desarrolla con plena imparcialidad. Los medios de información —Prensa, radio, T. V.— demasiado frecuentemente son convertidos por quienes los manejan, desde todos los niveles, en medios de "formación" de la opinión pública. Cuando la verdad no ocupa el primer lugar en la escala jerárquica de los valores, es difícil resistir a la tentación de utilizarlos en provecho de intereses personales o de partido. La opinión solo se forma mediante el conocimiento de ciertos hechos y situaciones. No podemos formarnos un juicio correcto de algo con base en datos falsos o con informaciones que apenas tienen una lejana consonancia con la verdad. La calidad de o. p. está en relación directa con la verdad de la información en que se apoya.

La transmisión de lo que se ha visto u oído no es instantánea ni fiel. Al volcar un hecho al papel, convertido en noticia, el informador olvida y calla, deforma y elabora, de tal forma que el hecho que conocemos es todo lo que se quiera menos el acontecimiento real que originó la noticia.

El periodista, la agencia noticiosa, el mismo periódico, se unen para formar la o. p. en el sentido más favorable a sus intereses. Todo pasa como si un filtro retuviera una gran parte de la sustancia informativa.

Las deformaciones que tienen mayor importancia son las que proceden de filtros selectivos puestos conscientemente. Estas, cuando no existe un equilibrio de fuerzas entre los que manejan los medios de información y el público informado, amenazan con arruinar la verdadera libertad en nombre de la misma libertad. Ciertamente se puede afirmar que "la libertad ha creado la prensa; y la prensa ha llegado a ser dueña de la libertad".

Cuando los medios de información no están al alcance y al servicio de todos, sino solamente de un grupo o varios de la sociedad, cuando no existe una auténtica libertad de expresión, cuando la libertad de opinión de un pueblo viene coaccionada fuertemente por la oculta actividad de las cinco agencias internacionales de noticias, cuando el público queda indefenso y relegado a la condición de mero sujeto pasivo frente a ese centro de poder que es la prensa, peligra la libertad y se convierte en una oscura actividad lo que debería ser fuerte de liberación y cultura.

Sauvy ha hecho una clasificación de los filtros selectivos que operan en las noticias de carácter económico-social; veamos algunas:

1º Si los intereses materiales están en juego, y esta es la situación más habitual, en lo económico las desviaciones se hacen en el sentido que mejor facilita la defensa de esos intereses.

2º Si están en juego sentimientos y pasiones, la desviación se produce en el sentido que las justifique y refuerce.

3º Si se trata de un modo general de hechos que afectan a una causa colectiva, la desviación tiende a aumentar la cohesión del grupo y a justificar la lucha que éste sostiene. (Los miembros de los partidos políticos ven y deben ver los hechos de distinto modo. El cuadro que tienen ante ellos debe reforzar su convicción, justificar los sacrificios personales que ofrecen a la causa y evitar las crisis de duda, tan temidas interiormente).

4º Las desviaciones sinceras, inconscientes, involuntarias, se verifican en el mismo sentido que las hechas consciente y voluntariamente para defender la posición adoptada por el individuo, sea ésta material, intelectual o afectiva.

Estas leyes aunque sumarias e incompletas dan una idea aproximada del alcance de los filtros selectivos en las noticias. Quien los observe, debe tener como requisito indispensable, la ausencia total de pasión y, si es posible, de interés personal.

La información correcta de la o. p. es difícil, sobre todo cuando se refiere a los puntos que más le interesen, como el costo de la vida, los salarios o los impuestos. Cada individuo, al no tener ni el tiempo ni los medios técnicos para dedicarse a un estudio detenido, juzga principalmente por lo visible, por lo superficial, por lo que el llama concreto.

Hemos visto una relación: informadores e informados. Todo informador desea antes que todo ser leído u oído. Se esforzará en consecuencia por agradar, inclusive algunas veces se verá obligado a ello. Esto lo lleva a dar preferencia a las informaciones deseadas, a no ser "impopular", a adular a ese soberano que es el lector. Esto lo hacen, particularmente, los columnistas políticos.

Otro aspecto inquietante de esta relación se presenta cuando la prensa trata de crear una o. p. acomodada a un interés particular, invocando entonces una supuesta o. p. para tomar partido por un asunto determinado u ocuparse de él en sus editoriales y columnas, ampliando o disminuyendo su importancia. Se tratará de un "movimiento de opinión" pero artificial, postizo.

El desprestigio de la prensa, que no alcanza a ser una verdadera expresión de la o. p. trae, entre otras muchas consecuencias, la de que el político, el hombre de estado que solo lee los diarios —y entre nosotros son legión— está al margen de la o. p. El político está rodeado además por una

especie de corte, de halo que le forma un ambiente especial. Cuando va en circunscripción enseguida lo atrapan (palabra fuerte pero necesaria en obsequio a la exactitud) los caciques, los electoreros, la camarilla cerrada, hombres interesados todos, que lo instruyen. Wilhelm Sauer, quien se ocupa ligeramente de la o. p. en su "Filosofía Jurídica y Social", dice que depende, como toda ordenación colectiva, de algunos principios rectores. Y que esta dependencia, pero sobre todo la labor proselitista (la preparación de la "opinión pública" por la prensa y por el gran capital oculto tras la prensa) han desacreditado a la o. p. Sea lo que fuere, lo cierto es que a medida que crece su influencia, y en tanto sea más determinante su predominio, serán mayores los esfuerzos por utilizar su poder y transformarla en una ideología al servicio de determinados intereses.

Propaganda y Opinión Pública

Definida como presentación al público de hechos, reales o supuestos, argumentos y opiniones, organizados de tal modo que induzcan a conclusiones favorables para los intereses o puntos de vista de quienes los han presentado", la propaganda se convierte cada vez más en un asunto de especialistas.

Si se trata de la opinión en el verdadero sentido de la palabra, la información, la revelación, la instrucción, constituyen el medio típico para lograr estos fines. La acción deformadora logra generalmente la actitud deseada. La información parcial y los filtros selectivos se complementan con acciones de orden afectivo que exaltan los sentimientos y crean reflejos condicionados.

A. Sauvy distingue claramente la publicidad comercial, la propaganda profesional y la propaganda política. La primera se inició respetando al público: se trataba de instruir, informar, hacer algo público. "El aviso debe ser franco, conciso y simple. La publicidad comprendida de este modo se reduce a decir que en tal calle, tal número, se vende tal artículo a tal precio". Así hablaba un famoso publicista del siglo XIX. Hoy, la información pura es más rara, casi inexistente, porque es menos eficaz. Los propagandistas —a igual que los perros de Pavlov— aprenden a "hacer salivar al cliente". Hay que alabar, sugerir, imponer. El individuo debe comprar el producto casi a pesar suyo. La propaganda es por esencia tendenciosa.

La propaganda profesional se ejerce sobre la opinión pública, sobre el elector, sobre los tribunales, sobre el parlamento, y se acerca a la propaganda política. Todos los grupos profesionales actúan sobre la o. p.

mediante publicaciones, campañas etc. Un grupo que actúa sobre la opinión se llama comunmente grupo de presión, que trata de obtener privilegios especiales tanto para sus miembros como para sus líderes. La propaganda política utiliza la prensa, los libros, discursos y afiches. Como las anteriores emplea la sugestión antes que la persuasión. De ahí los escudos, bandera, himno, saludos, slogans. Hasta las estadísticas y el deporte al parecer inofensivos se utilizan ampliamente en la propaganda política.

Se anota como característica de la propaganda el esfuerzo para hacer que las afirmaciones tendenciosas, parciales e interesadas aparezcan como declaraciones absolutamente objetivas y reales. Sea cual fuere el objeto, el propagandista se encuentra siempre ante el mismo problema: provocar un cambio de conciencia.

Democracia y Opinión Pública: Conclusión

La opinión pública es indispensable para la democracia. Los tres poderes clásicos —legislativo, ejecutivo y judicial— no son los únicos. El poder de informar es otro y muy importante. El ideal democrático exige una justa regulación de los poderes, siendo por tanto necesaria una reforma del actual sistema de información. Sin consultar la o. p. no es posible gobernar bien ni promulgar leyes efectivas, permitiendo esta consulta además dirigir sin demasiada resistencia y con menor incompreensión. La o. p. es una guía para los poderes públicos y al mismo tiempo un poder regulador. Los medios de expresión, dice Carlos Cossio, "asumen un compromiso con la opinión pública desde dos ángulos. Uno concierne al suministro de noticias, esto es, a la difusión de hechos o sucesos con el carácter de haber realmente ocurrido. Otro concierne a los problemas que tiene la sociedad, tematizándolos como planteamientos, como discusión, como interpretación; esto es, concierne a todo lo que despierta la conciencia acerca del mundo en que se vive preparándonos para una opción ineludible... La salud democrática clama por una ley para la veracidad..."

La política de poder de los grupos de presión en la democracia actual necesita como contrapeso una o. p. responsable, consciente de su responsabilidad, vigilante e informada. La trascendencia de la o. p. es una realidad que no puede ser ignorada ni desvalorizada por los hombres amantes de la libertad y de los principios democráticos. La fórmula "Libertad de Prensa", tal como se la viene aplicando y entendiendo es insuficiente y peligrosa.

Es tarea urgente lograr una prensa abierta y objetiva con auténti-

co espíritu de servicio a la verdad por encima de todo, si se quiere asegurar con raíces profundas la estabilidad democrática de un país.

BIBLIOGRAFIA

Sauvy, Alfred. — La Opinión Pública. Libros del Mirasol. Argentina 1961.

Cossio, Carlos. — La Opinión Pública. Losada. Buenos Aires 1958.

Mariás, Julián. — La Estructura Social. Emecé Editores. Buenos Aires 1958.

Diccionario de Sociología. — H. Pratt Fairchild Editor. F. C. E. México.

Giner de los Ríos, Francisco. — La Persona Social. Obras Completas, Tomo I. 1925.

Sauer, Wilhelm. — Filosofía Jurídica y Social. Labor S. A. 1933.

Señor Ex-alumno:

La Asociación de Antiguos Alumnos de la Universidad de Antioquia quiere vincular a los ex-alumnos de la Dirección del Alma Mater

Afíliese cuanto antes - Tel. 229-15
